

Después de la segunda caída del Emperador, pasó á ser, como es natural, miembro del consejo privado, fué nombrado vicepresidente del consejo de Estado y liquidador para la reglamentación de las indemnizaciones pedidas por las potencias extranjeras. Sin orgullo personal, sin ambición, poseía una gran influencia en los negocios públicos. Nada importante se hacía en política sin que se le consultase; pero él no iba nunca á la corte y se mostraba muy poco en sus propios salones. Esta noble existencia, dedicada en un principio al trabajo, había acabado por convertirse en un trabajo continuo. El conde se levantaba á las cuatro de la mañana en todas las estaciones, trabajaba hasta el mediodía, se ocupaba en cumplir sus obligaciones de par de Francia ó de vicepresidente del consejo de Estado y se acostaba á las nueve. Para pagar tantos trabajos, el rey le había hecho caballero de todas sus órdenes. El señor de Serisy tenía hacia ya mucho tiempo la gran cruz de la Legión de Honor, la del Toisón de Oro, la de San Andrés de Rusia, la del Águila de Prusia, en fin, casi todas las órdenes de las cortes de Europa. Nadie era menos visto ni más útil que él en el mundo político. Se comprenderá que los honores, las alabanzas del favor y los éxitos del mundo, tenían que ser indiferentes á un hombre de este temple. Pero, excepto los curas, nadie llega á encerrarse en semejante vida sin graves motivos. Esta conducta enigmática tenía su explicación, pero una explicación cruel. Enamorado de su mujer antes de casarse con ella, el conde, llevado de su pasión, resistió todas las desgracias íntimas de su casamiento con una viuda, dueña de sí misma, antes y después del matrimonio, y que gozaba de tanta más libertad, cuanto que el señor de Serisy tenía con ella la indulgencia que tiene una madre con un hijo mimado. Sus constantes trabajos le servían de escudo contra esos pesares del corazón que con tanto cuidado saben ocultar los hombres políticos. Por otra parte, comprendía lo muy ridículos que hubieran sido los celos á los ojos del mundo, que no hubiese admitido una pasión conyugal en un hombre de tanto talento. ¿Cómo quedó fascinado por su mujer desde los primeros días? ¿cómo sufrió en un principio sin vengarse? ¿cómo renunció después á su venganza? ¿cómo dejó transcurrir el tiempo, engañado por las esperanzas? ¿por qué medios supo esclavizarle una mujer joven, bonita y de agradable trato? La respuesta de todas estas preguntas exigiría una larga

relación que dañaría á la unidad de esta historia, y que, si no los hombres, por lo menos las mujeres podrán adivinar. Observemos, sin embargo, que los inmensos trabajos y pesares del conde habían contribuido, por desgracia, á privarle de las ventajas que necesita un hombre para salir airoso de peligrosas comparaciones. La desgracia secreta más lamentable del conde, era haber dado motivo á la repugnancia de su mujer con una enfermedad que había adquirido á causa del exceso de trabajo. Bueno y excelente para la condesa, el conde le dejaba hacer lo que quería; ella recibía á todo París, iba al campo y volvía como si fuese aun viuda; el conde veía por su fortuna y satisfacía su lujo enteramente lo mismo que si fuera un administrador. La condesa estimaba á su marido, reconocía y apreciaba su talento, sabía hacerle feliz dando su aprobación para todo y conseguía de aquel buen hombre todo lo que quería yendo á conversar con él una hora. Como los grandes señores de otro tiempo, el conde protegía de tal modo á su mujer, que atacar su consideración hubiera sido para él una injuria imperdonable. El mundo admiraba mucho este carácter, y la señora de Serisy debía inmensidad de favores á su marido. Cualquiera otra mujer, aunque hubiese pertenecido á una familia tan distinguida como la de los Ronquerolles, hubiera podido verse perdida para siempre. La condesa era muy ingrata, pero ingrata con encanto. De vez en cuando derramaba un bálsamo sobre las heridas del conde.

Explicamos ahora el objeto del brusco viaje y del incógnito del ministro de Estado.

Un rico cortijero de Beaumont-sur-Oise, llamado Leger, explotaba una quinta enclavada dentro de las tierras del conde y que perjudicaba mucho á su magnífica propiedad de Presles. Esta quinta pertenecía á un particular de Beaumont-sur-Oise llamado Marguerón. El arriendo hecho á Leger en 1799, momento en que el progreso de la agricultura no podía preverse, estaba á punto de acabar, y el propietario rechazó las ofertas que Leger le hizo para un nuevo arriendo. Hacía ya mucho tiempo que el señor de Serisy, que deseaba verse libre de las molestias que produce una vecindad de aquella índole, había concebido la esperanza de comprar aquella quinta al saber que toda la ambición del señor Marguerón era lograr que nombrasen á su hijo, simple maestro de escuela á la sazón, administrador de Hacienda de

Beaumont. Moreau no dejó de advertir á su amo que el padre Leger era un peligroso adversario. El cortijero, que sabía el mucho partido que podía sacar de la quinta vendiéndosela al conde, era capaz de dar por ella una cantidad que calmase la ambición que Marguerón hijo sentía por la administración de Hacienda. Dos días antes, el conde llamó á su notario Alejandro Crottat, y á Derville, su procurador, para examinar las circunstancias de este negocio. Aunque Derville y Crottat pusieron en duda el celo del administrador, cuya alarmante carta había provocado esta consulta, el conde defendió á Moreau diciendo que le venía sirviendo fielmente hacia ya diez y siete años.

—Pues bien—respondió Derville,—aconsejo á Vuestra Señoría que vaya en persona á Presles, y que invite á comer á ese Marguerón. Crottat enviará allí á su primer pasante con un acta de venta preparada, dejando en blanco las páginas ó las líneas necesarias, para la designación de terrenos y títulos. Finalmente, lleve Vuestra Excelencia una parte del precio en un cheque contra el Banco y no olvide el nombramiento del hijo para la administración de Beaumont. Si no se arregla en seguida este asunto, se le escapará la quinta. Señor conde, Vuestra Señoría ignora las truhanadas de los aldeanos. Entre un diplomático y un aldeano, el diplomático sucumbe.

Crottat apoyó este consejo que, á juzgar por la conferencia del criado con Pierrotín, fué sin duda adoptado por el par de Francia.

La víspera, el conde había mandado decir á Moreau, por conducto del cochero de la diligencia, que invitase á comer consigo á Marguerón, á fin de terminar el negocio de los Moulineaux. Antes de que se suscitase este asunto, el conde había dado orden de que restaurasen las habitaciones de Presles, y, desde hacía ya un año, todas las semanas se trasladaba allí el señor Grindot, arquitecto de gran fama. Al mismo tiempo que llevaba á término la adquisición, el señor de Serisy quería examinar las reformas efectuadas. Contaba dar una sorpresa á su mujer llevándola á Presles, y, por lo tanto, la restauración del palacio era para él cuestión de amor propio. ¿Qué acontecimiento había ocurrido para que el conde, que la víspera había resuelto marchar á Presles en su propio coche, quisiese ir de incógnito en el coche de Pierrotín?

Aquí se hace indispensable decir cuatro palabras acerca de la vida del administrador.

Moreau, el administrador de la tierra de Presles, era hijo de un procurador de provincia, que llegó á ser procurador síndico de Versalles durante la Revolución. En calidad de tal, Moreau padre casi había salvado los bienes y la vida de los señores Serisy padre é hijo. El ciudadano Moreau pertenecía al partido Dantón; Robespierre, implacable en sus odios, le persiguió, acabó por descubrirle y le hizo perecer en Versalles. Moreau hijo, heredero de las doctrinas y de las amistades de su padre, tomó parte en una de las conjuraciones hechas contra el primer cónsul al advenimiento de éste al poder. En esta época, el señor de Serisy, deseoso de pagar su deuda de agradecimiento, logró hacer que se escapara á tiempo Moreau, que había sido condenado á muerte; en 1804 pidió su indulto, lo obtuvo, le ofreció en un principio un destino en sus oficinas y acabó por nombrarle secretario suyo, dándole la dirección de sus negocios privados. Algún tiempo después del casamiento de su protector, Moreau se enamoró de una camarera de la condesa, y se casó con ella. Para evitar los disgustos de la falsa posición en que le colocaba este enlace, pidió la administración de la tierra de Presles, donde su mujer podría hacer la gran señora y donde ni uno ni otro sufrirían humillación ninguna. El conde necesitaba en Presles un hombre honrado, porque su mujer prefería habitar la tierra de Serisy, que no está más que á cinco leguas de París. Hacía ya tres ó cuatro años que Moreau estaba enterado de sus negocios, los cuales manejaba con inteligencia, porque, antes de la Revolución, había practicado el manejo de los negocios en el estudio de su padre. Después de casarse, el señor de Serisy le dijo un día:

—Con ese enlace, se ha inhabilitado usted para hacer fortuna; pero será usted feliz, porque yo me encargo de que lo sea.

En efecto, el conde señaló á Moreau un sueldo de mil escudos, una bonita habitación, leña, avena, paja y heno para dos caballos y un tanto por ciento sobre las rentas en especies. Un subprefecto no ganaría tan bonito sueldo. Durante los ocho primeros años de su gestión, el intendente administró concienzudamente la propiedad de Presles y se interesó mucho por ella. Cuando el conde iba á visitar sus dominios, á hacer alguna adquisición ó á aprobar las cuentas,

agradecido á la lealtad de Moreau, le probaba su agradecimiento gratificándole arrogantemente. Pero cuando Moreau se vió padre de una hija, su tercer vástago, ya no dió tan justas cuentas, ni se mostró tan probo como hasta entonces. En el año 1816, el administrador, que hasta entonces sólo había percibido los beneficios que el conde le había concedido, aceptó de un comerciante de leña una suma de veinte mil francos, á cambio de hacerle un arriendo de explotación de los bosques de la tierra de Presles por doce años. Moreau reflexionó que no tendría retiro, que era padre de familia y que el conde le debía aquella suma como gratificación á sus diez años de honrada administración; además, poseyendo ya legítimamente sesenta mil francos de economías, uniendo aquéllos á dicha suma, podría adquirir una quinta de ciento veinte mil francos en el territorio de Champagne, pueblecito situado más arriba de Isle-Adam, en la orilla derecha del Oise. Los acontecimientos políticos impidieron al conde y á la gente del país observar esta adquisición hecha á nombre de la señora Moreau, la cual decía haberla heredado de una tía segunda. Desde que el administrador gustó el delicioso fruto de la propiedad, su conducta pareció seguir siendo la mejor del mundo; pero no perdió ocasión de aumentar su fortuna clandestina, y el interés de sus tres hijos le sirvió de emoliente para extinguir los ardores de su probidad; no obstante, es preciso hacerle justicia: si aceptó aldehyas, si miró por sus intereses en todos los tratos, si percibió sus derechos con abuso, á los ojos del código siguió siendo un hombre honrado, y ninguna prueba hubiera podido justificar una acusación contra él. Ajustándose á la jurisprudencia de las cocineras menos ladronas de París, se repartía con el conde los beneficios debidos á su habilidad. Esta manera de hacer su fortuna era un caso de conciencia y nada más. Activo, conocedor de los intereses del conde, Moreau acechaba con tanto más cuidado toda ocasión de hacer buenas adquisiciones, cuanto que siempre obtenía él, con ellas, una buena recompensa. Presles daba setenta y dos mil francos de renta. Así es que la gente del país en diez leguas á la redonda, decía: «El señor de Serisy tiene en Moreau un segundo yo». Como hombre prudente, desde 1817, Moreau colocaba cada año sus beneficios y su sueldo en papel del Estado, redondeando así su fortuna en el más profundo secreto. Había rechazado negocios diciendo que no tenía dinero y hacía también el pobre

á los ojos del conde, que había obtenido dos plazas gratuitas para sus hijos en el colegio de Enrique IV. En este momento, Moreau poseía ciento veinte mil francos ignorados, y su quinta de Champagne, aumentada con nuevas adquisiciones, hacían ascender su fortuna á doscientos ochenta mil francos, que le daban diez y seis mil de renta.

Tal era la situación del administrador en el momento en que el conde quiso comprar la quinta de los Moulineaux, cuya adquisición era indispensable para su tranquilidad. Esta quinta consistía en noventa y seis piezas de terreno, ya lindantes con las tierras de Presles ó ya enclavadas en éstas como los cuadros de un juego de damas, sin contar los muros medianeros y fosos de separación que originan á veces enojosas discusiones cuando hay que cortar un árbol que está entre dos propiedades. Cualquiera otro ministro de Estado hubiera tenido veinte pleitos al año con los Moulineaux. El padre Leger sólo deseaba comprar la quinta para volver á venderla al conde. A fin de lograr con más seguridad los treinta ó cuarenta mil francos de ganancia objeto de sus deseos, el cortijero hacía ya tiempo que había procurado ponerse de acuerdo con Moreau. Impulsado por las circunstancias, tres días antes de este sábado crítico, en medio de los campos, el padre Leger había demostrado claramente al administrador que podía hacer que el conde de Serisy colocase dinero en tierras que le diesen el dos y medio por ciento, y que, fingiendo como siempre servir á su amo, se encontraría con un secreto beneficio de cuarenta mil francos que él le ofrecía.

—A fe—dijo aquella noche el administrador á su mujer al mismo tiempo que se acostaba—que si saco del negocio de los Moulineaux cincuenta mil francos, nos retiraremos á Isle-Adam y habitaremos el pabellón Nogent.

Este pabellón es una encantadora propiedad construída en otro tiempo por el príncipe de Conti para un gran dama y en el que se goza de todas las comodidades.

—Ya me gustaría eso—respondió su mujer.—El holandés que vino á establecerse allí lo ha restaurado admirablemente, y nos lo dejará por treinta mil francos, aunque se vea obligado á volverse á las Indias.

—Estaremos á dos pasos de Champagne—repuso Moreau.—Tengo esperanzas de poder comprar por cien mil francos la quinta y el molino de Mours. De esta manera tendríamos

diez mil francos de renta en tierras, una de las casas más deliciosas del valle á dos pasos de nuestras propiedades, y nos quedarían unos seis mil francos de renta en papel del Estado.

—Pero ¿por qué no habías de pedirle la plaza de juez de paz de Isle-Adam? De este modo tendríamos influencia y mil quinientos francos más.

En este estado las cosas, al saber que su amo quería venir á Presles rogándole que invitase á comer á Marguerón para el sábado, Moreau se había apresurado á enviar un propio que entregó una carta al primer ayuda de cámara del conde, á hora muy avanzada de la noche, á fin de que el señor de Serisy se enterase de ella; pero, como acostumbraba á hacer siempre Agustín en tales casos, la carta fué dejada encima de la mesa del despacho del ministro. En esta carta Moreau rogaba al conde que no se molestase y que fiase en su celo. Ahora bien, según él, Marguerón no quería vender en bloc y hablaba de dividir los Moulineaux en noventa y seis lotes; era preciso, pues, hacerle abandonar esta idea y, si era necesario—decía el administrador—ponerse de acuerdo con alguno para que efectuase la compra ó nombre del conde.

Todo el mundo tiene enemigos. El administrador y su mujer estaban enemistados en Presles con un oficial retirado llamado Reybert, y con su mujer. De dicho en dicho y de cuento en cuento, habían llegado á andar á puñetazos. El señor de Reybert sólo respiraba venganza y quería hacer perder á Moreau su colocación y llegar á sucederle. La conducta del administrador, espiada durante dos años, no tenía secretos para los Reybert. Al mismo tiempo que Moreau mandaba el propio al conde de Serisy, Reybert enviaba á su mujer á París. La señora de Reybert pidió con tanto interés una entrevista al conde, que, no habiendo querido recibirla á las nueve de la noche, momento en que el conde se acostaba, quedó citada al día siguiente á las siete de la mañana, hora en que fué recibida por Su Señoría.

—Monseñor—había dicho al ministro de Estado,—mi marido y yo somos incapaces de escribir cartas anónimas. Yo soy la señora de Reybert, y mi apellido es Corroy. Mi marido no tiene más que seiscientos francos de retiro y vivimos en Presles, donde vuestro administrador nos hace injuria sobre injuria, á pesar de no tener motivo para ello. El señor de Reybert, que no es intrigante, se retiró de capitán de arti-

llería en 1816, después de haber servido veinte años, lejos siempre del Emperador. Señor conde, Su Señoría ya debe saber cuán difícil es que hagan carrera los militares que están alejados del general; sin contar con que la probidad y la franqueza del señor Reybert desagradaba á sus jefes. Hace ya tres años que mi marido no ha cesado de estudiar á vuestro intendente con el objeto de hacerle perder su colocación. Ya lo veis, pues, somos francos. Moreau nos ha constituido en enemigos suyos y le hemos vigilado. Vengo, pues, á decir que os están engañando en el asunto de los Moulineaux. Quieren cogeros cien mil francos, que han de ser repartidos entre el notario Leger y Moreau. Le habéis mandado á decir que invitase á Marguerón, porque vos contábais ir mañana á Presles; pero Marguerón se hará el enfermo, y Leger está tan seguro de obtener la quinta, que ha venido á París á realizar su fortuna. Si queréis tener un administrador probo, tomad á mi marido; aunque es noble, os servirá como ha servido al Estado. Vuestro intendente, monseñor, tiene doscientos cincuenta mil francos de fortuna y, por lo tanto, no hay que compadecerlo.

El conde había dado las gracias con frialdad á la señora de Reybert y le había echado la bendición, porque despreciaba á los delatores; pero al recordar las sospechas de Derville, sospechó él también; después había visto la carta de su administrador, la había leído, y las seguridades de adhesión, los respetuosos reproches que le dirigía con motivo de la desconfianza que hacía suponer su deseo de tratar aquel negocio por sí mismo, le dieron á conocer la verdad.

—Como ocurre siempre, la corrupción ha venido con la fortuna—se dijo.

El conde había hecho á la señora de Reybert algunas preguntas más bien para observarla que para obtener detalles, y había escrito cuatro letras á su notario diciéndole que no enviase á Presles á su primer pasante, sino que viniese él en persona.

—Si el señor conde me ha juzgado desfavorablemente por el paso que acabo de dar, sin conocimiento del señor Reybert, debe estar ahora convencido de que hemos obtenido esos informes sobre su administrador de la manera más natural—dijo la señora de Reybert para terminar;—la conciencia más timorata no tendría nada que reprocharse.

La señora de Reybert, apellidada Corroy, se mantenía

derecha como un huso. A las rápidas investigaciones del conde, había presentado un rostro agujereado por la viruela como una espumadera, un talle recto y seco, dos ojos ardientes y claros, rizos rubios aplastados sobre una frente arrugada, una capota de tafetán verde pasado, un traje blanco con pintas color violeta y unos zapatos de piel. El conde reconoció en esta mujer á la esposa del capitán pobre, del puritano abandonado, de gran virtud, pero sensible al bienestar de una colocación que había codiciado.

—¿Dice usted seiscientos francos de retiro?—dijo el conde preguntándose á sí mismo en lugar de responder á lo que acababa de contarle la señora Reybert.

—Sí, señor conde.

—¿Dice usted que se apellida Corroy?

—Sí, señor; soy de una familia noble de Messín, país de mi marido.

—Y ¿en qué regimiento servía el señor de Reybert?

—En el 7.º de artillería.

—Está bien—respondió el conde escribiendo el número del regimiento.

Había pensado dar la administración de sus tierras á un antiguo oficial, cuyos informes en el ministerio de la Guerra fuesen buenos.

—Señora—repuso llamando á su ayuda de cámara,—vuélvase usted á Presles con mi notario, á quien la recomiendo; aquí está su dirección. Yo también voy en secreto á Presles y ya mandaré recado á su marido para que venga á hablarme.

Por eso la noticia del viaje del señor de Serisy en el coche público, y la recomendación de callar el nombre del conde alarmaba con razón al cochero, el cual presentía el peligro que corría en aquellos momentos uno de sus mejores parroquianos.

Al salir del café del Echiquier, Pierrotín vió á la puerta del *León de Plata* á la mujer y al joven en quien creía haber reconocido pasajeros, pues la señora, con el cuello tendido y el rostro inquieto, era evidente que le buscaba. Esta señora, vestida con un traje de seda negra reteñida, un sombrero de color violeta y con un viejo cachemir francés, calzada con medias de filadiz y zapatos de piel de cabra, llevaba en la mano un cabás de paja y un paraguas de color azul. Esta mujer, que debió ser hermosa en sus buenos tiempos, representaba unos cuarenta años; pero sus ojos azules, que care-

cían de ese brillo que anuncia la dicha, demostraban que hacía ya mucho tiempo que había renunciado al mundo. Tanto su manera de vestir como sus modales, hacían ver en ella la madre entregada por completo á su hogar y á su hijo. Si las cintas de su capota estaban ya descoloridas, la forma databa lo menos de tres años. El chal estaba sujeto por una aguja rota convertida en alfiler mediante una bola de lacre colocada en uno de sus extremos. La desconocida esperaba impacientemente á Pierrotín para recomendarle á su hijo, que sin duda viajaba solo por primera vez, y á quien ella acompañaba hasta el coche, tanto por desconfianza como por amor maternal. Esta madre estaba en un todo de acuerdo con aquél hijo. Si la madre se condenaba á dejar ver sus guantes raídos, el hijo llevaba una levita color oliva, cuyas mangas un poco cortas por los puños anunciaban que crecería aún como crecen casi todos los adultos de diez y ocho á diez y nueve años. El pantalón azul, remendado por la madre, ofrecía á las miradas un fondo nuevo cuando la levita tenía la maldad de entreabrirse por detrás.

—Pero, hombre, deja en paz los guantes y no los manosees tanto que los ensucias—decía la madre cuando Pierrotín apareció.—¿Es usted el conductor?... ¡Ah! pero ¿es usted, Pierrotín?—repuso dejando á su hijo por un momento y apartándose dos pasos con el cochero.

—¿Está usted buena, señora Clapart?—respondió el cochero en cuyo rostro apareció un aire de respeto y de familiaridad.

—Sí, Pierrotín. Cuide usted de mi Oscar, que va solo por primera vez.

—¡Oh! ¡si va á casa del señor Moreau!—exclamó el cochero para saber si el joven iba allí efectivamente.

—Sí—respondió la madre.

—¿De modo que le quiere mucho la señora Moreau?—repuso Pierrotín con cierto aire picaresco.

—¡Ay de mí!—dijo la madre.—¡No serán todo rosas para él, pobre hijo! pero su porvenir exige imperiosamente este viaje.

Esta respuesta llamó la atención á Pierrotín, que no se decidía á confiar sus temores sobre el administrador á la señora Clapart, del mismo modo que ésta no se atrevía á perjudicar á su hijo haciendo á Pierrotín ciertas recomendaciones que hubiesen transformado al conductor en Mentor.

Durante esta mutua deliberación, que se limitó al tiempo, á la carretera y á las estaciones de viaje, es conveniente explicar los lazos que unían á Pierrotín con la señora Clapart y que autorizaban las dos palabras confidenciales que acababan de cambiar. Con mucha frecuencia, es decir, dos ó tres veces al mes, Pierrotín encontraba en la *Cave*, á su paso y cuando iba hacia París, al administrador que hacía seña á un jardinero cuando veía llegar el coche. El jardinero ayudaba entonces á Pierrotín á cargar uno ó dos cestos llenos de frutas ó de legumbres, según la estación, de pollos, de huevos, de manteca y de caza. El administrador pagaba siempre el encargo á Pierrotín, dándole además el dinero necesario para satisfacer los derechos de consumos cuando el envío contenía cosas sujetas á este impuesto. Estos cestos, estas banastas, estos bultos, no llevaban nunca dirección. La primera vez, que sirvió para todas las sucesivas, el administrador había indicado de viva voz el domicilio de la señora Clapart al discreto cochero, rogándole que nunca confiase á nadie el secreto de aquellos encargos. Pierrotín, soñando con una amorosa intriga entre el administrador y alguna encantadora muchacha, había ido á la calle de Cerisaye número 7, distrito del Arsenal, donde vió á la señora Clapart que acaba de seros retratada, en lugar de la hermosa y joven criatura que esperaba haber encontrado allí. Por la naturaleza de su profesión, los cocheros están llamados á penetrar muchas interioridades y muchos secretos; pero habiendo querido la casualidad social, esa subprovidencia, que no tuviesen educación y estuviesen desprovistos de talento de observación, se deduce de aquí que no son peligrosos. No obstante, después de algunos meses, Pierrotín no sabía cómo explicarse las relaciones de la señora Clapart y del señor Moreau, por lo que había podido entrever en la calle de Cerisaye. Aunque los alquileres no eran caros en el distrito del Arsenal en aquella época, la señora Clapart vivía en un tercer piso interior de una casa que debió ser en otro tiempo palacio de algún gran señor, en la época en que la alta nobleza del reino vivía en el distrito que ocupaba antes el palacio Tournelles y el de Saint-Paul. A fines del siglo xvi, las grandes familias se repartieron estos vastos espacios, ocupados antes por los jardines del palacio de nuestros reyes, como lo indican los nombres de las calles de la Cerisaye, Beautreillis, de los Lions, etc. Esta habitación se componía de tres cuar-

tos en línea recta, un comedor, una sala y un dormitorio. Encima se encontraban la cocina y el cuarto de Oscar. Enfrente de la puerta de entrada se veía también un cuarto, que era el que ocupaba el señor Moreau cuando iba á París. Pierrotín había visto en el comedor, que era donde acostumbraba á dejar los encargos, seis sillas de nogal y de paja, una mesa y un armario, y en las ventanas visillos encarnados. Más tarde, cuando pudo entrar en la sala, vió allí antiguos muebles del tiempo del Imperio, pero pasados. Además, se encontraba en el salón el mobiliario exigido por el propietario para responder del alquiler. Pierrotín juzgó lo que sería el dormitorio por lo que eran la sala y el comedor. Las paredes y adornos de la casa, pintadas de un color rosáceo, entristecían la mirada. El suelo, que no se enceraba nunca, tenía ese color grisáceo que tienen los suelos de las casas de huéspedes. Cuando el cochero sorprendió una vez á los señores Clapart á la mesa, sus platos, sus vasos y las cosas más insignificantes acusaban una espantosa necesidad; sin embargo, usaban cubiertos de plata; pero las fuentes y la sopera encetadas y recompuestas, inspiraban piedad. El señor Clapart, vestido con una mala levita, calzado con innobles zapatillas y llevando siempre anteojos verdes en los ojos, mostraba, cuando se quitaba su sebosa gorra, un cráneo puntiagudo, de cuya cima caían raquíticos y sucios filamentos, á los que un poeta hubiera negado el nombre de cabellos. Este hombre de tez pálida parecía tímido, y debía ser tirano. En esta triste habitación, situada al norte, sin más vistas que las del patio interior y las del foso, la señora Clapart se daba aires de reina y andaba como la mujer que no sabe andar á pie. Muchas veces, cuando daba las gracias á Pierrotín, le dirigía miradas que hubiesen enternecido á un observador; de cuando en cuando deslizaba en sus manos alguna moneda de dos reales. Su voz era encantadora. Pierrotín no conocía á Oscar, por la sencilla razón de que este muchacho estaba en el colegio y no lo había encontrado nunca en casa.

He aquí la triste historia que Pierrotín no hubiese adivinado nunca, por muchos informes que hubiese pedido á la portera, pues esta mujer sólo sabía que los Clapart pagaban doscientos cincuenta francos de alquiler, que no tenían más que una mujer que iba algunas horas por la mañana á hacer recados, que la señora hacía algunas veces la colada ella

misma y que pagaba todos los días el porte de las cartas con objeto de no acumular la cuenta.

No existe, ó mejor dicho, existen raros criminales que sean completamente criminales. En otra forma, pocos ó ningún hombre dejan de tener alguna buena cualidad. Podrá todo el mundo hacer su agosto por medios un tanto ilícitos, pero pocos hombres hay que no dejen de hacer buenas acciones. Aunque sólo fuese por curiosidad, por amor propio, para ofrecer un contraste, por casualidad, todo hombre ha tenido su época de honradez, á la que él denomina su error y que no quiere reanudar. Sin embargo, no dejará por eso de entregarse al bien una ó dos veces en su vida. Si las faltas de Moreau son disculpables, no será por su persistencia en socorrer á una pobre mujer que le favoreció en otra época y que le escondió en su casa cuando su vida corría peligro. Esta mujer, célebre bajo el Directorio por sus relaciones con uno de los cinco reyes del momento, se casó con un abastecedor que ganó muchos millones y á quien Napoleón arruinó en 1802. Este hombre, llamado Hussón, se puso loco al verse en la miseria y se arrojó al Sena, dejando embarazada á la hermosa señora Hussón. Moreau, que estaba en íntimas relaciones con esta señora, había sido, por entonces, condenado á muerte, y viéndose obligado á salir de Francia, no pudo casarse con la viuda. En su angustia, la señora Hussón, que sólo tenía veintidós años, casó en segundas nupcias con un empleado llamado Clapart, joven de veintisiete años, que prometía mucho. En esta época los empleados solían hacer grandes carreras, porque el emperador buscaba gente de valía. Pero Clapart, dotado de una figura vulgar, no poseía ninguna dote intelectual. Creyendo á la señora Hussón muy rica, fingió una gran pasión por ella, y habiéndose casado, no pudo nunca, ni en el presente, ni en el porvenir, satisfacer las necesidades que ella había contraído durante sus días de opulencia. Clapart desempeñaba bastante mal en el ministerio de Hacienda una plaza dotada con mil ochocientos francos. Cuando Moreau volvió á casa del conde de Serisy y supo la horrible situación en que se encontraba la señora Hussón, pudo colocarla como primera camarera en casa de la SEÑORA, madre del Emperador. A pesar de esta poderosa protección, Clapart no pudo nunca ascender, pues su nulidad se echaba de ver en seguida. Arruinada en 1815 con la caída del Emperador, la brillante Aspasia del Directorio quedó sin

más recursos que una plaza de mil quinientos francos que, gracias á la influencia del conde de Serisy, pudo obtener para Clapart en el ayuntamiento de París. Moreau, único protector de aquella mujer á quien había conocido riquísima, obtuvo para Oscar Hussón una media pensión gratuita en el colegio de Enrique IV y enviaba por Pierrotín á la calle de Cerisaye todo lo que puede ofrecerse á una familia necesitada sin herir su dignidad. Oscar era todo el porvenir y toda la vida de su madre. El único defecto que podría reprochársele á aquella pobre mujer era su exagerada ternura por aquel hijo, eterna manía del padrastrero. Por desgracia, Oscar estaba dotado de una dosis de estupidez que no veía su madre, á pesar de los epigramas de Clapart. Esta estupidez, ó mejor dicho, esta presunción, inquietaba de tal modo al administrador, que éste rogó á la señora Clapart que le enviase al joven por un mes, á fin de estudiarlo y adivinar la carrera á que era preciso dedicarle. Moreau pensaba presentar un día á Oscar en casa del conde, para que le aceptase como sucesor suyo. Pero para dar á Dios lo que es de Dios y al diablo lo que es del diablo, se hace necesario aquí determinar las causas del estúpido amor propio de Oscar, advirtiendo que había nacido en casa de la SEÑORA, madre del Emperador. Durante su infancia, sus ojos fueron deslumbrados por los esplendores imperiales. Su flexible imaginación debía conservar el recuerdo de aquellos sorprendentes cuadros y guardar una imagen de aquel tiempo de oro y de fiestas con la esperanza de reanudarlos. La jactancia propia de los colegiales, poseídos todos del deseo de brillar á porfía, aumentado con estos recuerdos de la infancia, se había desarrollado en él traspasando los límites de lo ordinario. Es fácil que también la madre recordase con excesiva complacencia los días en que fué una de las reinas del París directorial. Finalmente, Oscar, que acababa de salir del colegio, había tenido sin duda que rechazar en el mismo la humillaciones que los alumnos que pagan hacen sufrir á los meritorios, cuando éstos no saben inspirarles cierto respeto con una fuerza física superior. Esta mezcla de antiguo esplendor extinguido, de hermosura pasada, de miseria, de esperanza en aquel hijo, de ceguera maternal y de sufrimientos heroicamente soportados, hacía de esta madre una de esas figuras sublimes que tanto llaman la atención en París.

Incapaz de adivinar la adhesión profunda de Moreau por

esta mujer, ni el de esta mujer por su protegido de 1797, que era su único amigo, Pierrotín no quiso darle cuenta de la sospecha que tenía relativa al peligro que corría Moreau. El terrible: «¡Bastante trabajo tenemos en ocuparnos de nosotros mismos!» pronunciado, como sabemos, por el ayuda de cámara del señor de Serisy, acudió á la mente del cochero. Por otra parte, en este momento, Pierrotín estaba extraordinariamente preocupado. Las palabras: «Bien, señora», «Sí, señora», repetidas por Pierrotín, denotaban á las claras que aquel viaje de siete leguas aparecía en la imaginación de la pobre madre como un viaje larguísimo, y mostraban á la par que el cochero deseaba librarse de sus recomendaciones, que él creía inútiles y sin fundamento.

—Coloque usted los bultos de manera que no se mojen si cambiase el tiempo.

—Ya tengo toldo, y, por otra parte, vea usted con que cuidado los cargan—dijo Pierrotín.

—Oscar, por muchas instancias que te hagan, no estés allí más de quince días—repuso la señora Clapart dirigiéndose á su hijo.—Por muy bien que te conduzcas, ten la seguridad de que no gustarás á la señora Moreau, y, además, ya sabes que tienes que estar aquí para fines de septiembre. No olvides que hemos de ir á Belleville, á casa de tu tío Cardot.

—Sí, mamá...

—Sobre todo—repuso la señora Clapart en voz baja,—no hables nunca de criados, y recuerda que la señora Moreau ha sido camarera.

—Bien, mamá.

Oscar, como todos los jóvenes cuyo amor propio es excesivamente sensible, parecía contrariado viéndose amonestado de aquel modo en el umbral de la puerta de la posada del *León de Plata*.

—Bueno mamá, adiós; el coche va á marchar, pues el caballo está ya enganchado.

La madre, olvidando que se encontraba en pleno arrabal Saint-Denis, abrazó á su Oscar, y le dijo sacando un panecillo de su cabás:

—¡Toma! ibas á olvidar tu panecillo y tu chocolate. Hijo mío, te lo repito, no tomes nada en las posadas, porque por la más mínima cosa hacen pagar diez veces más de lo que vale.

Oscar hubiese querido ver á su madre á diez mil leguas

de distancia cuando le metió en el bolsillo el panecillo y el chocolate.

Esta escena tenía dos testigos, dos jóvenes de alguna más edad que el colegial, mejor vestidos que él, que iban sin su madre, y cuyo porte y modales denotaban esa independencia completa que tanto desean los jóvenes cuando están aun bajo el yugo inmediato de su madre. Estos dos personajes fueron entonces para Oscar el mundo entero.

—Y dice *mamá*—exclamó uno de los desconocidos riéndose.

Esta palabra llegó á oídos de Oscar y determinó un «Adiós, madre mía» lanzado con terrible movimiento de impaciencia.

Confesémoslo: la señora Clapart hablaba demasiado alto y parecía que deseaba que todos los transeuntes se enterasen de su ternura maternal.

—¿Qué es eso, Oscar?—preguntó la pobre madre herida—no te conozco—repuso con aire severo creyéndose capaz (error de todas las madres que miman á sus hijos) de imponerle respeto.—Escucha, Oscar mío—dijo volviendo á hablar á su hijo con dulzura,—tienes propensión á hablar y decir todo lo que sabes y lo que no sabes, y todo ello por charlar, por un estúpido amor propio de joven; te lo repito, procura contener la lengua. Tesoro mío, tienes aun poca experiencia de la vida para juzgar á la gente que vas á encontrar en tu camino y no hay nada tan peligroso como hablar en los coches públicos. Por otra parte, en diligencia, la gente bien educada debe guardar silencio.

Los dos jóvenes, que sin duda habían subido á la posada, dejaron oír de nuevo el ruido de sus botas junto á la puerta cochera; podían escuchar esta conversación, y así, para desembarazarse de su madre, Oscar apeló á un medio heroico, que demuestra lo mucho que el amor propio estimula á la inteligencia.

—Mamá—dijo,—estás aquí en una corriente y podrías coger un constipado; yo voy á subir al coche.

El niño había tocado algún punto al que su madre debía ser muy sensible, porque ésta le cogió, le abrazó como si se tratase de un viaje muy largo y lo llevó hasta el cabriolé derramando abundantes lágrimas.

—No te olvides de darles un duro á los criados—dijo.—Escríbeme lo menos tres veces durante los quince días que